



LEONARDO MEZA JARA  
TOMÁS ÁVILA RODRÍGUEZ  
PAVEL VÁZQUEZ SOSA\*

# Rastros transdisciplinarios en las Ciencias sociales y la Historia

## Resumen

En este artículo se hace una revisión de algunos debates sobre la transdisciplinariedad que se generaron en la segunda mitad del siglo XX. El análisis se centra en la conflictividad que se hace manifiesta al trazar puentes que van de las disciplinas que son parte del territorio de las humanidades (literatura y cine) hacia las disciplinas de las ciencias sociales y la historia. Se analizan algunos procedimientos de autores como Carlos Marx, Thomas Piketty, Michel Foucault y Carlo Ginzburg.

**Palabras clave:** Epistemología, disciplina, transdisciplina.

## Summary

In this article is done a review to some debates about transdisciplinarity generated in the second half of the Twentieth Century. The analysis is centered in the conflict you may see in the bridges that go through the disciplines and are part of the Humanities (literature and

movie) to the social science discipline and history. Some writers procedures like Charles Marx, Thomas Piketty, Michel Foucault and Carlo Ginzburg are analysed.

**Key words:** Epistemology, discipline, transdiscipline.

## Introducción

La hegemonía del pensamiento disciplinar que se especializa y se encierra en las ciencias duras, las ciencias sociales, la historia o las humanidades, ha traído consigo un reduccionismo en la comprensión de los problemas humanos. Las disciplinas reducidas y aisladas en su propio territorio de saber arrinconan al pensamiento humano y a sus posibilidades de acción. Los debates transdisciplinarios abren un territorio que resulta promisorio en nuestras formas de entender el mundo. Morín identifica tres formas distintas de trazar puentes entre las disciplinas: la “inter-disciplina”, la “multi o pluridisciplina”, y la “trans-disciplina” (1999: 126-127).

\* Profesores investigadores de la Universidad Pedagógica Nacional del Edo. de Chihuahua

Las relaciones interdisciplinarias llevan a momentos de cooperación entre las disciplinas sin profundizar en los intercambios epistemológicos o metodológicos, en este caso las correlaciones entre las disciplinas son superficiales. Cuando tiene lugar la pluridisciplina hay un proyecto o un objeto en común en el cual trabajan conjuntamente diversas disciplinas, aquí la correlación es más profunda e intensa. En las relaciones transdisciplinarias, los saberes llegan a atravesar las fronteras de las disciplinas con violencia, cuestionando de fondo los fundamentos metodológicos y epistemológicos en la construcción del saber. Los efectos del pensamiento transdisciplinario son disruptivos y transgresores.

La clasificación de las culturas epistemológicas de Snow (2000: 117-159), en donde se identifica a la cultura de las ciencias exactas, la cultura de las humanidades y la cultura de las ciencias sociales, plantea una territorialidad que sirve de base para analizar los problemas que tienen lugar al ponerse en contacto los saberes de las diferentes disciplinas.

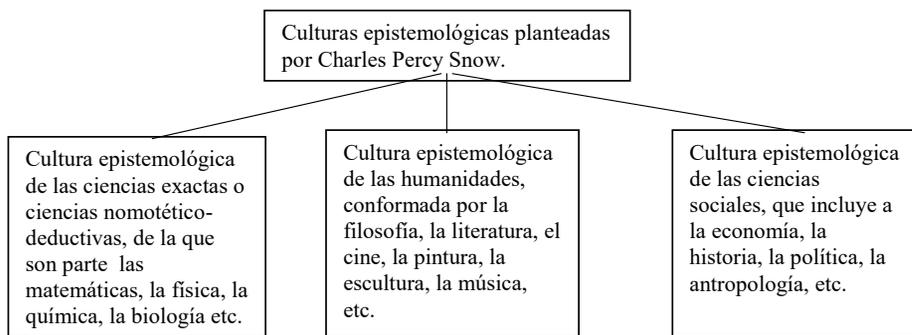


Figura 1.- Las tres culturas epistemológicas planteadas por Snow

En este artículo se hace una revisión de la conflictividad que se hace presente al momen-

to de trazar puentes que van de las disciplinas que son parte del territorio de las humanidades hacia las disciplinas de las ciencias sociales y la historia. Se analizan algunos procedimientos a partir de los cuales el saber producido en el territorio de las humanidades, cuyo contenido epistemológico tiene componentes del orden imaginario e irracional, se desdobra hacia las ciencias sociales y la historia.

En la primera parte de este artículo se analizan las dificultades que se han hecho presentes al entrar en contacto las formas de conocimiento generadas en las disciplinas de las ciencias exactas, las humanidades y las ciencias sociales. Los debates transdisciplinarios en la segunda mitad del siglo XX han traído consigo una serie de diferencias y confrontaciones que permanecen todavía. En la segunda parte del artículo se revisan los casos de algunos pensadores de las ciencias sociales y la historia que han trazado puentes entre estos territorios del saber con la literatura y el cine. Se analizan algunos de los procedimientos que autores como Carlos Marx, Thomas Piketty, Michael

Foucault y Carlo Ginzburg, han puesto en marcha al momento de incrustar conocimientos de la literatura y el cine en las disciplinas de las ciencias sociales y la historia.

### Roturas y puentes del saber

La tendencia epistemológica que conduce a la división y especialización de las ciencias en occidente comienza hacia el siglo XVI y se extiende hasta nuestros días. En los inicios de la época moderna la clasificación más conocida de las ciencias es la de



Bacon (citado por Acton, 1977), quien dividió a las ciencias según las facultades humanas. La facultad de la razón origina la ciencia de la naturaleza (subdividida en metafísica y física) y a la ciencia del hombre (subdividida en lógica, ética y ciencia de la sociedad). La facultad de la memoria da lugar a la historia sagrada, civil y natural. La facultad de la fantasía da origen a la poesía. Es notorio que en la división epistemológica planteada por Bacon, la facultad humana de la fantasía es colocada a distancia de la racionalidad humana. De manera implícita, la clasificación de Bacon le otorga un mayor peso epistemológico a las capacidades humanas fundadas en la razón y un menor peso a las capacidades de la fantasía, cuyos fundamentos se derivan de la imaginación y la irracionalidad humanas.

Otra clasificación reconocida es la de Hobbes (2005: 6-39), que divide al saber en ciencias de los hechos (o ciencias históricas y empíricas) y ciencias de la razón (o ciencias científico-filosóficas, que tienen por objeto la deducción de lo que el entendimiento sienta como verdadero). Ya en el siglo XIX, Augusto Comte realiza una clasificación que nos resulta mucho más próxima a la división disciplinar que hoy conocemos. En base a un criterio que organiza a las ciencias según sus capacidades de enumeración, distinción y complejidad, Comte plantea de menor a mayor extensión, de la primera a la última en su aparición histórica y de menor a mayor complejidad: las matemáticas, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología (citado por Enthoven, 2000). Hay muchas otras clasificaciones de las ciencias en la etapa moderna que han dado lugar a la fragmentación y especialización del saber.

Hacia finales del siglo XX las ciencias se hiperespecializan y se ramifican, surgen nuevas ciencias y los territorios epistemológicos pasan

de la división a la subdivisión. Cada vez más las disciplinas del conocimiento divididas y subdivididas se encierran en su especialización. La hiperespecialización de las ciencias hace de la realidad problemática parcelas segmentadas de manera artificiosa. Ante esta condición, varios autores han sostenido un debate durante el último siglo. Los aportes de Edgar Morín sobre la transdisciplina resultan sustantivos, al analizar los problemas humanos a partir de su condición compleja:

Las unidades complejas, como el ser humano o la sociedad, son multidimensionales; el ser humano es a la vez biológico, síquico, social, afectivo, racional. La sociedad comporta dimensiones históricas, económicas, sociológicas, religiosas... Los desarrollos propios de nuestra era planetaria nos enfrentan cada vez más y de manera cada vez más ineluctable a los desafíos de la complejidad. En consecuencia, la educación debe promover una "inteligencia general" apta para referirse, de manera multidimensional, a lo complejo, al contexto en una concepción global (1999: 13).

La composición multifacética de la vida y de los problemas que viven los seres humanos, trae consigo un llamado transdisciplinario. Se trata de abonar a la búsqueda de un pensamiento que tenga la capacidad de entender los problemas actuales, tomando en cuenta su composición multifacética y compleja. Los recientes debates que se han abierto sobre la transdisciplinariedad constituyen una serie de posibilidades para pensarnos y para poner los pies sobre la tierra de otra forma.

Pero los debates sobre la transdisciplinariedad no han sido tersos, más bien han sido sinuosos y ásperos. Al momento de construir espacios de diálogo entre las artes, la filosofía, las

ciencias duras y las ciencias sociales, surgen una serie de dificultades a vencer. No hay cartografías metodológicas ni epistemológicas trazadas de antemano. El mismo Edgar Morín, refiere que su “método” es una “a-método” (2009: 28-29). El título de la obra más significativa del pensador francés encierra las dificultades y contradicciones que tienen lugar en los debates sobre la transdisciplinariedad. Es necesario construir procedimientos para aproximar a las disciplinas entre sí, expandir y profundizar las posibilidades del pensamiento y la acción de esta forma, pero estos procedimientos no tienen por qué constituir un método, no tienen por qué aspirar a una configuración metodológica cerrada, ni estricta. Más bien, toda posibilidad de aporte es transitoria y limitada. En los problemas humanos que se abordan desde la teoría, no hay llaves maestras para abrir las puertas de lo total en su conjunto. Hay pequeñas llaves, que abren pequeñas puertas a pequeños territorios de la realidad problemática. En todo momento es necesario subrayar la humildad del pensamiento y sus posibilidades de acción.

En las discusiones que tuvieron lugar en el siglo XX en torno a la relación entre las diferentes disciplinas del conocimiento, son notorias las diferencias más que las coincidencias, los distanciamientos más que los acercamientos. Al entrar en los debates sobre la transdisciplinariedad, el recorrido tendría que iniciar por las dificultades que han tenido lugar en este plano. La epistemología es un territorio selvático y boscoso en el que no existen senderos de tranquilidad, sino más bien desasosiego, zonas pantanosas y de una vegetación conceptual y argumentativa tan tupida, que los caminos se construyen y se transitan en la adversidad y a contracorriente. Por sobre la presunta “normalidad científica” referida por Khun, surge la

tempestad del desacuerdo y el debate constantes. A lo largo del siglo XX se gestaron cientos de historias en las que se hacen presentes los desacuerdos y debates entre los pensadores de las distintas disciplinas del conocimiento. Nos interesa en esta parte, subrayar las diferencias que se presentaron entre los investigadores que se dedicaron a las ciencias exactas y los intelectuales que se ocuparon de la literatura y las ciencias sociales. Las biografías y discusiones de algunos escritores e investigadores son ilustradoras para analizar las dificultades que se presentaron en los intentos por impulsar la transdisciplinariedad, en este caso resaltan las biografías de los escritores Ernesto Sabato y Charles Percy Snow.

Ernesto Sabato se doctoró en ciencias físico-matemáticas en la Universidad de la Plata, a la edad de 26 años. Inmediatamente se le concedió una beca como investigador en el Laboratorio Curie en París. En aquellos años en París, el escritor argentino tuvo contacto con algunos de los integrantes del movimiento surrealista y comenzó a dudar de su vocación científica. En sus memorias, Sábato relata un “vacío de sentido” que experimenta al desempeñarse como investigador en el Laboratorio Curie (2004: 73-78). En 1940 Sábato regresó a Argentina, donde impartió varias cátedras relacionadas con la física y la mecánica cuántica en la Universidad de La Plata. Aunque al regresar a Argentina, el novelista y ensayista estaba decidido a dedicarse por entero a la actividad literaria.

Charles Percy Snow obtuvo un diploma superior en química en el año de 1927 y una maestría en ciencias en 1928 en la Universidad de Leicester, Inglaterra. Snow empezó sus investigaciones en el laboratorio Cavendish, dirigido por Lord Ruthenford. A los 25 años fue nombrado catedrático en el Christ's College.



Ya en 1932 comenzó a dudar de su vocación científica, y hacia la década de 1940 se dedicó de lleno a la actividad literaria, como novelista.

Al colocar frente a frente los casos de Snow y Sabato, son notorias dos posturas distintas de los literatos ante la ciencia. El discurso de Sábato es una diatriba en contra de la máquina y de la ciencia, no hay un reconocimiento mínimo hacia la actividad científica ni hacia las posibilidades de desarrollo tecnológico que se desprenden de ello.

Pero así como la máquina empezó a liberarse del hombre y enfrentarse a él, convirtiéndose en un monstruo anónimo ajeno al alma humana, la ciencia se fue convirtiendo en un frígido y deshumanizado laberinto de símbolos. Ciencia y máquina fueron alejándose hacia un olimpo matemático, dejando solo y desamparado al hombre que les había dado la vida. Triángulos de acero, logaritmos, sinusoides y energía atómica, extrañamente unidos a las formas más misteriosas y demoniacas del dinero, constituyeron finalmente el Gran Engranaje del que los seres humanos acabaron por ser oscuras e impotentes piezas (Sabato, 2004: 132-133).

Para el escritor argentino y para un gran número de poetas, narradores y filósofos, el desarrollo científico y tecnológico es el rastro de un inminente abandono y destrucción de la condición humana. En el fondo, la postura de Sábato es una patética del humanismo, que mira con nostalgia al pasado en el que literatos y filósofos dominaron al mundo. Simbólicamente, esta nostalgia se aproxima a la figura del rey-filósofo imaginada por Platón en “La república”.

En el caso de Snow, no se observa una crítica negativa hacia la actividad científica, más

bien se observa una postura de intermediación entre los mundos de la ciencia y la literatura. El escritor inglés busca romper con las posiciones maniqueas que colocan al humanismo por sobre el cientificismo o a la inversa. Hay una crítica hacia las posturas que asumen un aislamiento y un distanciamiento entre ambos territorios epistemológicos, a la vez que se invita al diálogo y a la posibilidad de un entendimiento mutuo.

La postura de Sabato va a contra corriente de las posibilidades transdisciplinarias, la posición de Snow aboga por la necesidad de impulsar la transdisciplinariedad. Los debates epistemológicos que se han generado en las últimas décadas del siglo XX y los primeros años del siglo XXI terminaron dándole la razón a la postura dialógica del escritor inglés. En la actualidad las discusiones epistemológicas subrayan la necesidad de romper el aislamiento y el reduccionismo de las disciplinas, para abrir paso al diálogo entre las distintas maneras de construir nuestro conocimiento sobre el mundo.

En 1959 Snow pronunció una conferencia en la que criticó al humanismo y al cientificismo que se convierten en militancia y ortodoxia: “Las dos culturas I. La conferencia Rede”. El escritor de origen inglés identificó “un abismo de incomprensión”, “hostilidad” y “antipatía” entre los integrantes de la cultura de las humanidades y la cultura de las ciencias duras. La conferencia pronunciada por Snow en 1959 se publicó en la revista “Encounter” en dos partes, en los meses de junio y julio del mismo año. Las respuestas a los planteamientos de Snow aparecieron en esa misma revista en el mes de agosto. En los meses siguientes el debate se extendió a otras publicaciones y alcanzó a científicos, filósofos, escritores y críticos literarios de todo el mundo (Collini, 2000: 27-41).

En respuesta a las observaciones y críticas a la conferencia de 1959, Snow pronunció una segunda conferencia: “Las dos culturas II. Una segunda mirada”. En esta segunda conferencia pronunciada en 1963, Snow intentó dar respuesta a diversas críticas que alimentaron el debate sobre las divisiones y los distanciamientos en la producción del conocimiento. Entre las críticas que se le hicieron, están los planteamientos de historiadores, sociólogos, antropólogos, economistas, etc., quienes afirmaron que en la conferencia de 1959 no se tomó en cuenta una tercera cultura epistemológica, la de las ciencias sociales. En su rectificación, Snow afirmó que era “demasiado prematuro” para aceptar la presencia de una tercera cultura epistemológica, pero sostuvo que tal vez las ciencias sociales podrían “estar en buenos términos” con las ciencias exactas (2000). De manera implícita, Snow refería la posibilidad de construir puentes entre las ciencias exactas y las ciencias sociales, aunque no respondía la pregunta sobre las maneras en que estos puentes podrían ser trazados y desarrollados.

A partir de las aclaraciones de la conferencia de 1963, Snow reconoció la existencia de tres culturas epistemológicas: las ciencias exactas, las humanidades y las ciencias sociales, reconoció también la posibilidad de establecer una “comunicación” entre las ciencias exactas y las ciencias sociales, pero no reflexionó sobre las posibilidades de construir puentes que se desprendieran de las humanidades hacia los territorios de las ciencias sociales y las ciencias exactas. Lo único que Snow menciona al analizar la posibilidad de trazar puentes entre las humanidades y las otras dos culturas epistemológicas, son los aportes que han tenido lugar en la crítica y la teoría literaria: “La confrontación de Lukács y Trilling es pintoresca... Adrede, ambos aportan a la crítica literaria una serie

de elementos de las disciplinas no literarias: Lukács de la filosofía y la economía, Trilling de la psicología freudiana”. Resulta claro que a lo largo del siglo XX la crítica y la teoría literaria se alimentaron de la filosofía, la lingüística y la semiótica, las ciencias sociales y otras disciplinas (Eagleton, 2012; Angenot, Bessiere, Fokkema et al, 2009). Pero no quedan claros los aportes epistemológicos que se han desprendido desde el territorio de la literatura y otras disciplinas de las humanidades, hacia las ciencias sociales y las ciencias exactas.

La misma postura de Snow, en la que se enfatiza la necesidad de establecer una “comunicación” entre las culturas epistemológicas de las ciencias sociales y las ciencias exactas, es tratada por Immanuel Wallerstein en dos libros: “Abrir las ciencias sociales” (2007) y “Las incertidumbres del saber” (2005). Wallerstein retoma el concepto de “flecha del tiempo” planteado por Prigogine en la disciplina de la física, y lo traslada hacia la historia para desarrollar su planteamiento del “sistema mundo capitalista”. Esta postura transdisciplinaria de Wallerstein comete la misma omisión de Snow, al dejar fuera de las jugadas transdisciplinarias a las humanidades. En los debates que se han abierto sobre las tres culturas epistemológicas y las posibilidades de trazar puentes entre ellas, los componentes más conflictivos son parte del territorio de las humanidades (la filosofía, la literatura y otras artes). Mientras las ciencias sociales y las ciencias exactas ponderan a la razón como garante en la construcción del conocimiento, las humanidades dejan abiertas las ventanas de la irracionalidad y la imaginación que resultan advenedizas a los procedimientos de racionalización y de control. Quizá esta sea la explicación por la cual Snow y Wallerstein plantean la posibilidad de construir puentes entre las ciencias sociales y las ciencias exactas,



dejando a un lado a las humanidades. La irracionalidad y la imaginación que se desprenden de la literatura y del arte en su conjunto, son una sombra que pesa demasiado para las aspiraciones de la racionalidad científica, lo mismo en la historia que en las matemáticas, en la sociología que en la física, en la antropología que en la química. Tanto en Snow como en Wallerstein se identifica una operación del orden racionalista, que aproxima a las culturas epistemológicas de las ciencias sociales y las ciencias exactas, y que deja en un espacio marginal a las humanidades.

De manera insistente los aportes del pensamiento complejo subrayan la presencia de lo racional junto a lo irracional, de lo empírico junto a lo imaginario (Morín, 1999). La reflexión de Morín es atinada, pero en los diversos ensayos y libros publicados por el impulsor del pensamiento complejo, no se analizan ni se proponen mecanismos específicos a partir de los cuales los contenidos irracionales e imaginarios que son parte del saber de las humanidades, estarían desdoblándose hacia los territorios de las ciencias sociales y las ciencias exactas. Una cosa es admitir de manera genérica que los contenidos irracionales e imaginarios están presentes en las actividades del orden racional, y otra cosa es plantear cómo estos contenidos irracionales e imaginarios generados desde la literatura, el cine y otras artes, estarían desdoblándose en términos heurísticos hacia las ciencias sociales y las ciencias exactas, dando lugar a formas alternas en la construcción del conocimiento.

### **Transdisciplina, ciencias sociales e historia**

Es muy común que la filosofía se construya mediante el diálogo con diversas disciplinas del arte, hay casos de filósofos que resultan emblemáticos en este sentido: Platón, Nietzsche,

Sartre, Deleuze, Agamben, Sloterdijk, etc. A contracorriente del positivismo y el racionalismo a ultranza, en las obras de estos autores las intersecciones entre el pensamiento filosófico, la literatura y la pintura, son un territorio de suma fertilidad en la producción del saber. No ha sido necesario que estos autores se hayan fijado el objetivo de filosofar desde una perspectiva transdisciplinaria. El pensamiento de estos autores es transdisciplinario de por sí, y brota de forma intempestiva sin concebir distanciamientos o fisuras entre los distintos territorios del saber. Deleuze, Agamben o Sloterdijk no se detuvieron a explicar las razones de su pensamiento transdisciplinario.

En las ciencias sociales y la historia la situación es muy distinta al caso de la filosofía. En las últimas décadas, los economistas, sociólogos, historiadores, etc. que han elaborado su obra en los entrecruces de las disciplinas, se han visto en la necesidad de justificar esta postura epistemológica. Entre los investigadores que han construido su obra trazando puentes entre las ciencias sociales y las humanidades, destacan los casos de Carlos Marx y Thomas Piketty. Marx escribe su obra en un territorio donde se conjugan saberes de la filosofía, la historia, la economía y la literatura. El libro más reconocido del economista Thomas Piketty, "El capital en el siglo XXI" (2015), pone en marcha una estrategia argumentativa que acude a la literatura. Entre los pensadores que han elaborado puentes entre los territorios de la historia y las humanidades, destacan los casos de Michael Foucault y Carlo Ginzburg. La obra de Foucault está caracterizada por un desenvolvimiento transdisciplinario entre los territorios de la historia, la filosofía, la literatura y la pintura. En el caso de Ginzburg, hay una defensa explícita del cine como fuente histórica. En los párrafos siguientes se analizan

los aportes transdisciplinarios en las obras de Marx, Piketty, Foucault y Ginzburg.

Pareciera que la transdisciplina es una estrategia del pensamiento y la investigación que se genera en los años recientes, pero esta forma de comprensión del mundo puede ser rastreada décadas atrás. Hacia mediados del siglo XIX, Marx desarrolla una obra transdisciplinaria sin proponérselo de antemano. La composición transdisciplinaria de “El capital” se hace presente de facto y de manera directa. Este es uno de los libros claves para el pensamiento transdisciplinario.

La división disciplinar entre los territorios de las humanidades y las ciencias duras que surgió en los espacios universitarios, tiene su primer momento entre 1750 y 1850. Marx prepara y escribe “El capital” en las décadas de 1840, 1850 y 1860, años en que la división disciplinar comienza a instalarse en las universidades. Pero hay que dejar en claro que la escritura de la obra más reconocida de Marx no se origina desde los cubículos universitarios. La escritura de esta obra se da al margen de las inercias e imposiciones epistemológicas generadas desde la institucionalidad universitaria. “El capital” es un libro epistemológicamente libertario cuya condición transdisciplinaria emerge a lo largo del proceso de escritura, a partir de las inercias que surgen entre la formación y las preferencias del autor, y los jalones de producción del pensamiento desde los cuales la obra en sí misma reclama determinadas formas de conceptualización y argumentación.

Hay autores que conciben la condición transdisciplinaria de “El capital” de manera peyorativa, aspirando a una pureza del pensamiento que forma parte de las herencias del racionalismo positivista.

Al tiempo que escribía *El capital*, Marx estaba abandonando la prosa convencional para adentrarse en un collage literario radical (mediante la yuxtaposición de voces y citas procedentes de la mitología y la literatura, de los informes de los inspectores fabriles y de los cuentos de hadas, a la manera de los Cantos de Ezra Pound o *La tierra baldía* de Eliot). *El capital* es tan disonante como la música de Schoenberg, tan espeluznante como los relatos de Kafka... Karl Marx se veía como un artista creativo, un poeta de la dialéctica (Wheen, 2008: 14-15).

Esta postura emite un juicio sumario en contra la obra de Marx. Wheen generaliza y descalifica la composición transdisciplinaria de “El capital”, que a partir de esta condición posee una riqueza epistemológica *sui generis*. Wheen no se detiene a explicar cómo se abordan los conceptos a lo largo del libro, tampoco explica los mecanismos argumentativos que se ponen en marcha, ni las tesis que se defienden a través de ello. En “El capital” de Marx, la fuerza en el planteamiento de las tesis, el abordaje de los distintos conceptos y la persuasión de los argumentos que sostienen el libro, solo puede ser entendida al concebir el soporte transdisciplinario de la obra en su conjunto. La potencia epistemológica del alegato en “El capital”, se logra a través de una maquinaria de escritura que combina distintos conocimientos disciplinarios. En el capítulo XXIII de “El capital”, donde se explica “la influencia que ejerce el capital en el destino de la clase obrera”, es notoria la presencia de saberes que forman parte de la economía, la sociología, la historia y la literatura (1976: 257-358).

En las primeras páginas de este capítulo se debate con los economistas clásicos, entre los cuales destaca Adam Smith. Más adelante, se



analizan cifras estadísticas del aumento de las rentas anuales en Inglaterra, de los despidos de trabajadores en Londres, del presupuesto económico de las familias, de las condiciones de pobreza, de la situación alimenticia, del número de cuartos por vivienda y la distribución de las personas, de las formas de vida en las comunidades rurales, etc. En este mismo capítulo, Marx analiza informes médicos de las familias que viven en Londres, que hacen referencia a las condiciones de salubridad, alimenticias y de vida en general. Estos informes médicos son una etnografía de la miseria:

“Dos cosas son seguras”, dice el Dr. Hunter: “en primer lugar, en Londres hay unas 20 grandes colonias, de aproximadamente 10 mil personas cada una, cuya mísera situación rebasa todo lo que jamás se ha visto en otros lugares de Inglaterra y es casi exclusivamente consecuencia de la mala instalación doméstica de esas colonias; en segundo lugar, la situación saturada y el estado decrepito de las casas de esas colonias son mucho peores que hace 20 años.” “No es exagerado decir que en muchas partes de Londres y Newcastle la vida es infernal.” (Simon, citado por Marx, 1976: 305).

Los informes médicos que analiza Marx sobre las condiciones de pobreza en Inglaterra son ilustradores. En ellos está presente una descripción sustanciosa de las condiciones de vida de los obreros ingleses. La metáfora con la que cierra el fragmento citado, que se refiere a las condiciones de pobreza como una forma de vida “infernal”, plantea de un solo tajo a la vida de miles de personas que vivieron en la Inglaterra victoriana, explotados por los empresarios capitalistas de la época.

En ese mismo capítulo, Marx analiza extractos de periódicos de mediados del siglo

XIX que también se refieren a las vidas miserables de los obreros ingleses. Estas notas periodísticas hacen uso de datos estadísticos y describen de manera minuciosa las condiciones de pobreza. Al final del capítulo analizado, hay dos fragmentos literarios que abundan sobre la miseria urbana y rural. El primero de estos fragmentos se escribe en una nota al pie de la página:

Mal vestidos, metidos en boquetes,  
Bajo cascotes, entre los escombros,  
Vivimos con los búhos  
Y ladrones, amigos de las sombras (Marx,  
1976: 339).

Estos cuatro versos sintetizan en unas cuantas palabras las condiciones de pobreza en la Inglaterra industrial del siglo XIX. En las líneas finales del capítulo analizado, Marx cita dos versos del poeta latino Horacio que abunda sobre las tendencias “fratricidas” del ser humano, que está dispuesto a sacrificar a los otros con la sola intención de mejorar sus condiciones de vida. Los contenidos metafóricos que Marx introduce en “El capital”, son usados para argumentar de manera sintética e iluminadora sobre la explotación capitalista y la pobreza generada a partir de ello. El lenguaje metafórico funciona como si fuera un relámpago, que de manera intempestiva pone en claro las tesis y los conceptos sostenidos.

En el capítulo XXIII de “El capital”, la estrategia argumentativa de Marx es acumulativa y expansiva. Hay una serie de registros intertextuales que son usados para debatir con los economistas clásicos, que hacen un repaso de numerosas cifras estadísticas, que abordan informes médicos cuyo contenido es etnográfico, que ejemplifican a través de notas periodísticas, que hacen uso de pasajes literarios para argumentar de manera intempestiva. Los conceptos teóricos inicialmente planteados por Marx

para analizar la explotación capitalista y la miseria en Inglaterra, son profundizados y expandidos a través de una abanico de datos y pasajes que se trenzan argumentativamente, poniendo en marcha una maquinaria de escritura transdisciplinaria que se extiende a lo largo de todo el libro.

En el caso de Thomas Piketty, los contenidos literarios que se incrustan en el libro “El capital en el siglo XXI”, son fragmentos de novelas de autores del siglo XIX. Desde la misma introducción, el autor defiende la riqueza epistemológica del cine y la literatura para explicar los conceptos de las ciencias sociales.

Veremos, por ejemplo, que el cine y la literatura –en particular la novela del siglo XIX– rebosan de informaciones sumamente precisas acerca de los niveles de vida y fortuna de los diferentes grupos sociales, y sobre todo acerca de la estructura profunda de las desigualdades, sus justificaciones y sus implicaciones en la vida de cada uno. Las novelas de Jane Austen y Balzac, en particular, presentan cuadros pasmosos de la distribución de la riqueza en el Reino Unido y en Francia en los años de 1790 a 1830 (2015: 16).

Los pasajes literarios que se introducen al libro de Piketty, buscan una argumentación analógica para explicar algunos de los conceptos que son abordados desde la teoría económica. Al iniciar el capítulo en el que se aborda la desigualdad generada por la economía capitalista (Capítulo VII, “Desigualdad y concentración: Primeras referencias”, Ibidem: 261-266 ), Piketty introduce un pasaje de la novela “El pobre Goriot” de Honorato de Balzac. El personaje de Rastignac estudia derecho en París y aspira a convertirse en un hombre próspero mediante el ejercicio de su profesión, su apuesta es a mediano y largo plazo, pero nada

le asegura que su condición socioeconómica mejorará con los años. Vautrin, otro de los personajes de la novela pronuncia un discurso que resulta desalentador, pero que a la vez desnuda los mecanismos a través de los cuales se perpetúa la desigualdad. Vautrin le dice a Rastignac que una carrera política o una carrera como abogado le llevarán muchos años de esfuerzo y resultarán desgastantes, además, la política o la abogacía no le garantizan a Rastignac un futuro de mejoría económica y social. En el siglo XIX, un grado académico no se convertía de manera directa en garantía de prosperidad, lo mismo sucede en nuestros días. La propuesta que Vautrin le hace a Rastignac resulta provocadora. Al casarse con la señorita Victorine, Rastignac se apoderaría de inmediato de un dote de un millón de francos, que le permitiría asegurar una renta de 50 mil francos al año (un 5 % del valor del capital). De esta forma, Rastignac ganaría diez veces más de lo que podría ganar en su carrera como político o como abogado. En el siglo XIX, el mejor camino para enriquecerse no estaba asegurado por los estudios universitarios, ni por el ejercicio de una profesión que pudiera traer consigo el ascenso laboral y salarial. Para Vautrin, el progreso económico y social solo podría garantizarse al asegurar una cuantiosa herencia mediante el matrimonio con una mujer pudiente. Piketty explica que uno de los mecanismos de mayor peso en la generación de la desigualdad, son las herencias familiares de quienes han logrado acumular grandes fortunas y bienes a lo largo de sus vidas. Esta es una de las estructuras de la desigualdad identificadas por Piketty, lo mismo en el siglo XIX que en el XXI.

En el terreno de la historia la transdisciplinariedad ha tenido un camino propio. Los debates historiográficos en los dos últimos siglos han sido enriquecedores, distintos auto-



res y corrientes han replanteado las maneras de investigar y escribir la historia. Entre los primeros aportes a los debates sobre la transdisciplina en el terreno de la historia, resalta el caso de los integrantes de la corriente de los Annales. Bloch y Braudel consideran que la historia confluye con otras disciplinas como la sociología, la economía y la geografía (citados por Romano, 1999: 34-35). Ya en las primeras décadas del siglo XX los integrantes de la corriente de los Annales plantean la necesidad de escribir una historia que confluya con los aportes de otras disciplinas de las ciencias sociales. Esta tesis es retomada por Wallerstein y otros autores que defienden la postura de la “unicidad de las ciencias sociales históricas” (2007). Se trata de borrar las fronteras epistemológicas y metodológicas entre las diversas disciplinas de las ciencias sociales con la finalidad de enriquecer la comprensión del mundo.

Las nuevas formas de pensar la historia surgen en oposición al paradigma tradicional o rankeano, cuya visión es disciplinar y positivista. En oposición a la visión cerrada que se deriva del paradigma rankeano, Burke plantea algunos puntos que permiten contrastar una concepción cerrada y disciplinaria de la historia, ante una concepción abierta y transdisciplinaria (1996: 13-19).

De inicio, Burke se refiere al objeto de interés de la historia. El paradigma tradicional se enfoca sobre todo en la historia política y la historia militar, dejando a un lado otras posibilidades en la investigación histórica. De manera alterna, las nuevas “formas de hacer historia” se interesan casi por cualquier actividad humana: historia de lo cotidiano, de la sexualidad, de los subalternos, de las mujeres, del libro y la lectura, de las comunidades rurales y los barrios en las grandes ciudades, etc. Cualquier manifestación humana puede ser objeto de inves-

tigación en la historia, se trata de ampliar los lentes de la mirada histórica hacia la diversidad y la complejidad de la vida.

Por otro lado, la historia tradicional fija su mirada en los grandes acontecimientos, así como en los grandes personajes, mientras que la nueva historia se interesa por la manera de pensar, sentir y actuar de las personas comunes y corrientes, por la gente del pueblo que ha sido marginada e invisibilizada. En lugar de investigar las sucesiones de un reinado en los siglos que comprenden la edad media, se estudia la historia de la invención de la locura (Foucault, 2014 y 2015). En lugar de estudiar la historia de las guerras entre dos naciones, se estudia la historia de un molinero francés que explica su heterodoxa manera de comprender el mundo (Ginzburg, 2008). El cambio de miras en la investigación histórica, que singulariza y diversifica las maneras de entender al pasado, es otra de las puertas a la transdisciplina.

Por último, se afirma que la historia tradicional se construye únicamente en base a fuentes documentales oficiales, mientras que la nueva historia considera que las fuentes requieren ser diversificadas. Las fuentes históricas pueden considerar objetos, monumentos, imágenes, testimonios, contenidos filmicos, etc. Al reinterpretar la conquista y la colonización de América por parte de los españoles y portugueses, Gruzinsky (1994) asume como su principal fuente de investigación histórica las imágenes que se produjeron en América en el periodo prehispánico y en la etapa de la colonia. Se rompe entonces con la supremacía del documento como fuente histórica de primer orden y se abre el paso a la consulta de fuentes alternas que conectan a la investigación histórica con los aportes de la semiótica, el análisis del discurso, la teoría del arte, la arquitectura, etc.

Las comparaciones realizadas por Burke entre la historia tradicional y la historia crítica que se desarrolla durante el siglo XX, plantean diversas líneas que jalonan la comprensión histórica hacia los caminos de la transdisciplina. La historiografía crítica diversifica, amplía y complejiza la comprensión de la historia, considera el estudio de las mujeres, los obreros, los campesinos, los grupos indígenas, etc., para lo cual es necesario valerse de otro tipo de herramientas teóricas y metodológicas que permitan aproximarse al pasado de dichos grupos que no han tenido cabida en las grandes historias mundiales, nacionales, o regionales. Esto ha obligado a los historiadores a ampliar y trascender los campos disciplinares, interactuando con antropólogos, sociólogos, lingüistas, psicólogos, etc., para tratar otro tipo de fuentes y otro tipo de datos, dando lugar a otras formas de comprensión histórica.

Al igual que el caso de Marx, la obra de Foucault resulta emblemática en los debates transdisciplinarios. Marx no se trazó como objetivo escribir una obra transdisciplinaria, Foucault tampoco. En el pensamiento del filósofo e historiador francés está presente una inercia transdisciplinaria que una y otra vez brota a lo largo de su obra, de formas variadas y con intensidades distintas. Los entrecruces disciplinares en el pensamiento de Foucault son la respiración misma de su obra, que trae consigo una vitalidad y una potencia explicativa que no están presentes en ningún otro autor. Al analizar la obra de Foucault pueden identificarse algunos pasajes que resultan emblemáticos para poner en claro las estrategias del pensamiento que se desdoblán desde la literatura y la pintura hacia los territorios de la historia y la filosofía. En el prefacio de “Las palabras y las cosas” se plantea la tesis central

de este libro a partir de un cuento de Jorge Luis Borges (2007: 1).

Este libro nació de un texto de Borges. De la risa que sacude, al leerlo, todo lo familiar del pensamiento –al nuestro: al que tiene nuestra edad y nuestra geografía-, trastornando todas las superficies ordenadas y todos los planos que ajustan la abundancia de seres, provocando una larga vacilación e inquietud en nuestra práctica milenaria de lo Mismo y lo Otro. Este texto cita “cierta enciclopedia china” donde está escrito que “los animales se dividen en: a] pertenecientes al emperador, b] embalsamados, c] amaestrados, d] lechones, e] sirenas, f] fabulosos, g] perros sueltos, h] incluidos en esta clasificación, i] innumerables, k] dibujados con pincel finísimo, l] etcétera, m] que acaban de romper el jarrón, n] que de lejos parecen moscas.”

Foucault inicia uno de sus libros más importantes con una cita de un cuento de Borges, más aún, afirma que la idea que dio lugar a la escritura de este libro proviene del contenido del cuento citado. Esta afirmación pudiera resultar desconcertante para quienes se dedican a la investigación filosófica e histórica. Foucault sostiene que el saber de la literatura puede anticiparse al saber producido en los territorios de la filosofía y la historia. Esto significa que las posibilidades de cognoscibilidad que se generan desde la literatura, pueden ser más intensas y potentes que las generadas desde la filosofía y la historia. A diferencia de Marx y Piketty que colocan al saber de la literatura en un espacio posterior al saber filosófico, económico o histórico, Foucault coloca al saber literario en un espacio anterior al saber producido en la filosofía y la historia. En la obra de Foucault son numerosos los ensayos que se escriben co-



locando a la literatura o la pintura en un antes que a otras disciplinas del conocimiento.

Esta jugada teórica del filósofo e historiador francés que resulta disonante y herética, llega al extremo de la risa. En la primera línea de “Las palabras y las cosas”, Foucault menciona que el saber literario depositado en el cuento de Borges, es en el fondo una risa que se lanza contra todo el saber clasificatorio y analítico elaborado desde el renacimiento hasta la fecha. La risa irónica del cuento de Borges, es una risa deconstructiva del poder que los hombre le hemos otorgado a la epistemología y al saber producido en los últimos siglos en occidente. La radicalidad de Foucault concibe a la literatura como un saber ironizante ante otras formaciones disciplinares. La estrategia transdisciplinaria que está presente en las primeras líneas de “Las palabras y las cosas” es transgresora en varios planos. “El juego de los límites parece estar regido por una sencilla obstinación: la transgresión salta y no deja de volver a empezar otra vez a saltar por encima de una línea que de inmediato, tras ella, se cierra en una ola de escasa memoria, retrocediendo así de nuevo hasta el horizonte de lo infranqueable” (2006: 127). Las andanzas transdisciplinarias de Foucault entre los territorios de la literatura, la filosofía y la historia, están atravesadas por un pensamiento transgresor. De hecho, todos los autores que han llevado contenidos o formas de escritura que van de la literatura, el cine o la pintura, hacia las ciencias sociales y la historia, practican la transgresión epistemológica. Cuando las limitaciones del saber disciplinario que funcionan como una imposición y una forma de control, llegan a ser rotos y en su lugar se plantea un camino epistemológico o metodológico alterno, tiene lugar una transgresión que puede resultar radical como en el caso de Foucault.

En el caso del historiador italiano Carlo Ginzburg, las conexiones que se establecen entre el cine y la literatura con la disciplina de la historia son también variadas. La gran mayoría de los historiadores piensan todavía que la formalidad epistemológica y metodológica de la historia y de las ciencias sociales resulta incompatible con la literatura y el cine. Los historiadores han llegado a trazar una separación y un deslinde irresolubles entre el pensamiento formalista que se hace presente en la disciplina de la historia y el pensamiento de ficción que es parte de la literatura y el cine. En diversos ensayos, Ginzburg ha planteado que la literatura o el cine son formas de producción del saber que pueden resultar fructíferas para el conocimiento histórico.

El paradigma indiciario elaborado por Ginzburg replantea de forma novedosa la tarea que lleva a cabo el historiador. Este paradigma pone la mira en los detalles marginales, en lo no visto ni considerado comúnmente por los historiadores. Los indicios son huellas que van quedando sobre los márgenes, que constituyen una serie de registros para pensar y escribir la historia desde sus propias orillas, desde los registros que han sido olvidados de manera inconsciente o consciente. Al conceptualizar el paradigma indiciario, Ginzburg acude a contenidos que son parte de la teoría del arte y de la literatura. El historiador italiano plantea una serie de analogías que comparan a la tarea del historiador que busca indicios, con la tarea que lleva a cabo un crítico de arte que hace uso del “método morelliano” y con las acciones del personaje literario de Sherlock Holmes (2008: 186-188).

El crítico de arte Giovanni Morelli sostuvo que los museos del siglo XIX estaban “colmados” de cuadros falsos, y que era entonces necesario diferenciar los cuadros originales de

las copias. Para identificar las obras genuinas ante las copias, Morelli refiere que los críticos no deben colocar la mirada en los componentes más vistosos y evidentes del cuadro, que son parte de los registros más notorios de una corriente pictórica. Más bien, se deben observar con detenimiento los detalles marginales del cuadro: los lóbulos de las orejas de los personajes, el trazo de los dedos de las manos y los pies, la forma de las uñas. Son estos detalles los que permiten corroborar la originalidad o la falsedad de una obra.

Según Ginzburg, los historiadores que buscan indicios llevan a cabo una tarea muy parecida a la del crítico de arte que hace uso del método morelliano. En una jugada transdisciplinaria, Ginzburg traslada las formas de conocimiento que son parte de la teoría del arte hacia los territorios de la historia. Después de comparar la tarea del historiador con el crítico de arte que hace uso del método morelliano, Ginzburg afirma que el personaje del detective Sherlock Holmes también lleva a la práctica una búsqueda fundada en los indicios.

El conocedor de materias artísticas es comparable con el detective que descubre al autor del delito (el cuadro), por medio de indicios que a la mayoría le resultan imperceptibles. Como se sabe, son innumerables los ejemplos de la sagacidad puesta de manifiesto por Holmes al interpretar huellas en el barro, cenizas de cigarro y otros indicios parecidos... Sherlock Holmes se nos aparece, lisa y llanamente como “morellófilo” (Ibidem).

El paradigma indiciario de Ginzburg es también ejemplificado mediante el personaje literario de Sherlock Holmes, quien investiga la escena del crimen a partir de detalles marginales que al ser interpretados de manera conjunta, permiten reconstruir lo sucedido en

un tiempo anterior. El personaje del detective creado literariamente por Arthur Conan Doyle se aproxima a la verdad de forma muy parecida a cómo lo hace el historiador que busca indicios.

Junto con Natalie Zemon Davis, Ginzburg es considerado uno de los iniciadores de la historia narrativa, cuya premisa central es la investigación y la escritura de una historia que pueda ser elaborada acercándose lo más posible a las vidas concretas de los sujetos. La historia narrativa pretende contar las vidas de los sujetos aproximándose a los acontecimientos que en su hilación y en su conjunto representan una reconstrucción detallada de los hechos pasados. El libro “El regreso de Martin Guerre” (2013), escrito por Zemon Davis es uno de los íconos de la historia narrativa. La historia de Martin Guerre narra la vida de un campesino del siglo XVI, que es suplantado por un impostor que se apropia de su vida marital y familiar en una pequeña aldea del sur de Francia. Después de la escritura del libro, Zemon Davis participó en la filmación de una película que basa su guion en los contenidos de este texto. La historiadora estadounidense refiere que al participar en el rodaje de la película se enfrentó a una serie de dificultades que la llevaron a concebir ese momento como un “laboratorio historiográfico” (citado por Ginzburg, 2010: 434-435).

Al filmarse la película surgieron una serie de huecos narrativos que tuvieron que ser llenados. Cuando Zemon Davis no encontró en los archivos sobre Martin Guerre algunos detalles de la vida de este personaje, acudió a otros archivos de la época que le permitieron aproximarse a estos hechos y narrarlos de la manera más fidedigna posible. El procedimiento que utiliza Davis para llenar los huecos narrativos en la película sobre Guerre, se fundamenta en el paradigma indiciario que busca datos en los



márgenes de la historia y que reconstruye los hechos de la misma forma en que Sherlock Holmes reconstruye una escena del crimen. Este procedimiento no demerita los fundamentos epistemológicos de la historia narrada.

El motor de la pesquisa (y de la narración) de Davis no es la contraposición entre lo “verdadero” y lo “inventado”, sino la integración, puntualmente señalada en toda ocasión, de “realidades” y “posibilidades”. De allí deriva el pulular en su libro, de expresiones como “acaso”, “debieron (de)”, “puede presumirse”, “seguramente” (que en el idioma historiográfico suele significar “muy probablemente”) y otras tantas. (Ginzburg, 2010: 439).

Al analizar el caso de Zemon Davis, el historiador italiano Carlo Ginzburg no se coloca en el mismo plano que los historiadores posmodernos, como es el caso Hayden White, quien asume que los novelistas y los historiadores trabajan en un mismo plano epistemológico. No se está planteando que la frontera epistemológica entre la literatura y la historia, entre el cine y la historia, queden borradas de un solo plumazo. Ginzburg sostiene que la aspiración epistemológica de la historia que pretende narrar hechos verdaderos debe conservarse a toda costa. En el caso de Zemon Davis, se procura que la historia contada quede sujeta a un territorio epistemológicamente confiable, que permita una aproximación lo más cercana posible a los hechos históricos que son abordados desde una perspectiva narrativa.

Los caminos transdisciplinarios que están presentes en la obra de Carlo Ginzburg y Natalie Zemon Davis, entre la literatura y la historia, entre el cine y la historia, mantienen también una postura transgresora, que replantea las maneras de investigar y escribir la historia. Se trata de debatir los fundamen-

tos epistemológicos y metodológicos lo mismo de la historia, que de las ciencias sociales o la filosofía. Se trata de repensar nuestras formas de comprender el mundo abriendo un debate permanente con el saber y con los métodos que suelen osificarse y aquietar la vitalidad del pensamiento. Los aportes que se derivan de la literatura, el cine, la pintura y otras manifestaciones artísticas que son parte del saber producido en las humanidades, traen consigo una serie de indicios que nos permiten clarificar, profundizar o problematizar al pensamiento.

### **Conclusión**

Las relaciones transdisciplinarias que han sido analizadas en los casos de Marx, Piketty, Foucault y Ginzburg demuestran que las formas de interrelación entre las disciplinas son variadas y que no pueden ser sometidas a procedimientos epistemológicos o metodológicos rigurosos o trazados de antemano. Los intercambios transdisciplinarios aquí analizados, que van de la literatura y el cine, hacia la economía, la teoría política y la historia, son transitados de manera libertaria, sin sujeciones epistemológicas o metodológicas que conduzcan a una imposición. La transdisciplina se desdobra heurísticamente no metodológicamente. La condición heurística de la transdisciplina aspira a una creación y recreación del pensamiento que no solo acuda a procedimientos inductivos y deductivos, sino que también haga uso de la intuición y la imaginación del investigador que trata de romper con las formas convencionales del pensamiento.

En los cuatro casos analizados es notoria una postura de transgresión epistemológica y metodológica en las formas de construir el conocimiento. Esta condición transgresora que por momentos se manifiesta con violencia, forma parte de las cualidades de la transdisci-

plinariedad. A fin de cuentas, la transdisciplina desarrolla procedimientos heurísticos que se despliegan como si fueran martillazos, torsiones o jalones que a veces se manifiestan de manera intempestiva. La transdisciplinariedad no trae consigo la dulzura de una comunión epistemológica, más bien nos muestra la conflictividad que está presente en todo momento en las distintas formas de construir conocimientos.

## Referencias

- ANGENOT, MARC; BESIÈRE, JEAN; FOKKEMA, DOUWE ET AL (2009). *Teoría literaria*. México: Siglo XXI Editores.
- ACTON, HARRY BURROWS (1977) *Bacon Hobes y los platónicos de Cambridge*. En: Historia de la filosofía. Volumen 5. Racionalismo, empirismo, ilustración. Compilado por Yvon Belaval, pp. 57-72. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- BURKE, PETER, EDITOR (1996). *Formas de hacer historia*. España: Alianza Editorial.
- COLLINI, STEFAN (2000). *Introducción*. En: *Las dos culturas*. pp. 5-70. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- EAGLETON, TERRY (2012) *Introducción a la teoría literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ENTHOVEN, JEAN-PAUL (2000). *Auguste Comte y el positivismo*. En: Historia de la filosofía. Volumen 8. La filosofía en el siglo XIX. Compilado por Yvon Belaval, pp. 198-276. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- FOUCAULT, MICHEL (2006). *De lenguaje y literatura*. España: Ediciones Paidós Ibérica.
- FOUCAULT, MICHEL (2014 y 2015). *Historia de la locura en la época clásica*. Tomos I y II. México: Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, MICHEL (2007). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI Editores.
- Ginzburg, Carlo (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- GINZBURG, CARLO (2008). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. España: Ediciones Península.
- GINZBURG, CARLO (2008). *Mitos, emblemas, indicios*. España: Editorial Gedisa.
- GRUZINSKY, SERGE (1994). *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a "Blade Runner" (1042-2019)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HOBBS, THOMAS (2005). *Leviatán. O la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Argentina: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- MARX, KARL (1976). *El capital. Crítica de la economía política. Libro I. El proceso de producción del capital*. Barcelona, España: Editorial Grijalbo.
- MORÍN, EDGAR (2009). *El método 1. La naturaleza de la naturaleza*. Madrid, España: Editorial Cátedra.
- MORÍN, EDGAR (1999). *La cabeza bien puesta. Repensar la reforma. Reformar al pensamiento. Bases para una reforma educativa*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- MORÍN, EDGAR (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. París, Francia: UNESCO.
- PIKETTY, THOMAS (2015). *El capital en el siglo XXI*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ROMANO, RIGGIERO (1999). *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SABATO, ERNESTO (2004). *Antes del fin*. España: Editorial Seix Barral.
- SNOW, C. P (2000). *Las dos culturas*, Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL (2007). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI Editores.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL (2005). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona, España: Editorial Gedisa.
- WHEN, FRANCIS (2008). *La historia de El Capital de Karl Marx*. México: Editorial Debate.
- ZEMON DAVIS, NATALIE (2013). *El regreso de Martin Guerre*. Madrid, España: Editorial Akal.